

RODRÍGUEZ-PICAVEA, E. *LOS MONJES  
GUERREROS EN LOS REINOS HISPÁNICOS. LAS  
ÓRDENES MILITARES EN LA PENÍNSULA IBÉRICA  
DURANTE LA EDAD MEDIA  
LA ESFERA DE LOS LIBROS, MADRID, 2008.*

FRANCISCO GARCÍA FITZ  
*Universidad de Extremadura*

Durante las tres o cuatro últimas décadas, la producción historiográfica en torno a las órdenes militares en el ámbito hispánico ha sido verdaderamente ingente: las más recientes revisiones bibliográficas han llegado a contabilizar más de tres mil títulos que abarcan los más diversos aspectos de la realidad histórica de estas instituciones, y gracias a ellos el conocimiento que tenemos ahora sobre las órdenes militares resulta mucho más amplio y fundado de lo que se tenía a comienzos de los años setenta. Sólo desde el rencor o desde la frustración podría despreciarse el camino recorrido y las metas alcanzadas en varios lustros de investigación, en el curso de los cuales, al abordar las múltiples facetas de las órdenes, se ha ido construyendo una plataforma privilegiada desde la que contemplar al conjunto de la sociedad hispánica medieval.

Precisamente por lo mucho que la historiografía especializada ha aportado durante este tiempo, resultaba de todo punto necesario la elaboración de obras que, haciéndose eco de estos avances, mostrarán perspectivas de conjunto sobre la historia, organización y funciones de estas singulares instituciones. Afortunadamente, en el último quinquenio, y de la mano de algunos de los especialistas que han protagonizado la renovación de los estudios sobre órdenes militares en España, esta carencia ha empezado a cubrirse: en 2003, Carlos de Ayala publicaba una magnífica monografía –*Las órdenes militares hispánicas en la Edad Media (siglos XII-XV)*, Madrid, ed. Marcial Pons–, y ahora, en la misma dirección integradora y global, Enrique Rodríguez-Picavea, nos propone este segundo trabajo, extenso y documentado, pero con vocación de síntesis y dirigido a un público amplio, que viene avalada por su larga trayectoria historiográfica y su reconocida solvencia investigadora.

La propuesta es tan ambiciosa como útil y bien articulada: básicamente se trata de ofrecer un extenso panorama de la historia de las órdenes militares que se dieron cita en la Edad Media hispánica. De momento, cabe señalar un doble acierto en la delimitación del objeto de estudio: de una parte, el autor considera que el nacimiento o el establecimiento de las órdenes militares responde a una misma dinámica histórica, por lo que una visión de conjunto requería que todas ellas, independientemente de sus orígenes concretos –en Tierra Santa o en la Península Ibérica–, fueran tenidas en cuenta; por otra parte, se entiende que aquella diná-

mica histórica se materializa sobre un espacio unificado por su condición de frontera occidental entre la Cristiandad y el Islam, por lo que todos los reinos hispánicos, desde Portugal a Valencia, por supuesto pasando por León, Castilla, Aragón y Cataluña, entran en su marco de análisis. Para presentar la materia de una manera coherente y ofrecer una visión general de la misma, la obra aparece estructurada en cuatro grandes partes que cubren, cada una de ellas, una parcela sustancial de la historia de las órdenes: las circunstancias iniciales de sus respectivos orígenes y asentamientos, sus actividades y funciones básicas, su organización interna y basamento económico, y sus relaciones con otros poderes.

Por lo que respecta a la primera parte, dedicada al análisis de los orígenes, definición y tipología de las órdenes, el autor tiene el acierto, en primer lugar, de anclar las instituciones estudiadas no sólo en su contexto histórico –las Cruzadas–, sino también en el religioso –la reforma gregoriana– y el socio-ideológico –la sacralización de la caballería–, dando cuenta de los inicios y modelos de órdenes nacidas en Tierra Santa –Temple, Hospital, Teutones y otras de menor relevancia–.

En segundo lugar se realiza el siempre arriesgado reto de definir el concepto de orden militar y de establecer una tipología que sirva para ordenar los modelos surgidos tanto en Tierra Santa como en el Báltico y la Península Ibérica. De los posibles criterios que podrían adoptarse, el autor se inclina por aquél que combina naturaleza y objetivos, lo que le permite distinguir entre órdenes universales –las creadas en Tierra Santa en defensa del conjunto de la Cristiandad, directamente vinculadas a los proyectos universalistas del Papado y dependientes de éste–, órdenes territoriales –surgidas en Occidente, en especial en la Península Ibérica y en la región báltica, fomentadas por las monarquías, aunque con respaldo papal y sin llegar a identificarse con un único reino– y órdenes nacionales –creadas tardíamente en Occidente por el poder monárquico, pero bajo la inspiración y exclusivo control regio y con presencia en un único reino–. Como toda tipología, ésta presenta algunos problemas derivados de la propia evolución de las órdenes lo que obliga a no tomar las distinciones de una manera estática. Se hubiera agradecido, quizás, una definición más clara del concepto de orden militar que permitiera caracterizar a todas ellas y diferenciarlas nítidamente de otras instituciones que, compartiendo algunos rasgos con aquéllas, no pueden considerarse como tales.

En tercer lugar, y colocando ya el foco en este último ámbito hispánico, el autor se centra en el estudio de la implantación en la Península de las órdenes militares nacidas en Tierra Santa –el Temple, el Hospital de San Juan de Jerusalén, Santa María de los Teutones–, y en el análisis de los orígenes y expansión de las nacidas al calor de las circunstancias particulares de las fronteras peninsulares –Calatrava

en Castilla, Santiago y Alcántara en León, Alcalá de la Selva, Montegaudio-Santo Redentor y San Jorge de Alfama en Aragón, Évora-Avís en Portugal, así como otras órdenes tardías, entre ellas las de Santa María de España, Santiago de la Espada, Montesa y Cristo—.

La segunda parte está dedicada al estudio de las actividades y funciones desarrolladas por estas instituciones. Aunque las actuaciones hospitalarias, caritativas, sanitarias y redentoristas están presentes en su justa medida, este segundo gran apartado está centrado, casi de manera monográfica, en el despliegue de la función militar de las Órdenes. El abordamiento de esta cuestión de una manera amplia y detallada tiene un mérito especial, por cuanto permite iluminar la razón de ser última de estas instituciones, la guerra, una actividad que paradójicamente ha quedado muchas veces difuminada o incluso ausente en no pocos estudios particulares sobre órdenes militares.

A tal fin, el autor dedica un primer capítulo al estudio del ejército de las órdenes, adentrándose en el análisis de su heterogénea composición —freires, sargentos o escuderos, combatientes asociados, mercenarios y vasallos—. Además, se ofrece una doble valoración sobre estos contingentes, una de carácter cuantitativo —un cálculo aproximado del número de freires y del conjunto de sus efectivos— y otra de naturaleza cualitativa, en la que se toman en consideración la permanencia de su servicio, la inmediatez de su disposición, su profesionalidad, disciplina y cohesión, su experiencia y su imagen como punta lanza de la lucha contra el infiel, valoraciones que vienen a confirmar la idea de que se trataba de contingentes relativamente modestos, pero bien adiestrados y muy apreciados, y ello a pesar de algunos fracasos notables.

Con buen criterio, a la hora de analizar la actividad militar de las órdenes se dedica monográficamente un capítulo al estudio de la especial relación que tuvieron estas instituciones con la tenencia de fortalezas. Precisamente una de las razones que explica la valoración de las órdenes fue el importante papel que desarrollaron como tenentes de fortificaciones, especialmente de las situadas en las fronteras con el Islam: las características propias de los contingentes de las órdenes —profesionalidad y permanencia— explican su adecuación para cumplir las funciones defensivas y ofensivas que desarrollaban las guarniciones. Por otra parte, en la medida en que los castillos se convirtieron en instrumentos al servicio de las monarquías en su objetivo de vertebrar institucional y territorialmente el reino, los que pertenecían a las órdenes coadyuvaban al fortalecimiento monárquico en las áreas fronterizas, por lo que no extraña que el mantenimiento de estos puntos fuertes corriera a cargo solidariamente de las órdenes y de los reyes.

Obviamente, la acción bélica de estas instituciones no se limitó a su papel como guarniciones, sino que tuvieron una amplia implicación en todo tipo de conflictos y de operaciones. En dos amplios capítulos se ofrece una espléndida panorámica de su actividad y protagonismo militar, tanto en las guerras contra musulmanes, como en aquellas otras en las que, colocándose al servicio de los intereses monárquicos y contraviniendo a su naturaleza originaria, combatieron contra otros reinos cristianos o se involucraron en los conflictos internos de los reinos.

La tercera parte de la obra se adentra en el análisis de la organización interna y el poder señorial de las órdenes, lo que lleva al autor, en primer lugar, a tratar el otro gran fundamento, junto al militar, sobre el que se configuraron estas instituciones: la actividad religiosa. A partir de las reglas que cada institución adoptó y de las normativas internas que desarrollaron con posteridad, estas instituciones fueron reglamentando el proceso de incorporación a las mismas –reclutamiento, ceremonias de recepción, noviciado y formación, acto de profesión– y su práctica conventual, que venía marcada por los votos de obediencia, castidad y pobreza, si bien frecuentemente éstos fueron incumplidos y progresivamente atenuados. La participación en la liturgia constituía una de las claves de la espiritualidad de los monjes-guerreros, de modo que las normativas también detallaban su participación en las misas diarias, oraciones y sacramentos de confesión y eucaristía. Formalismos aparte, no parece que la espiritualidad de las órdenes se acercara al ascetismo. Algunos aspectos de la vida cotidiana regulados en las reglas, como el silencio, el descanso, el vestido, la alimentación y el ocio, también formaban parte de las normas de vida conventual y religiosa de la comunidad. Es indudable que esta forma de espiritualidad encontró un eco favorable en los sectores nobiliarios y caballerescos, pero quizás haya todavía que realizar en el ámbito hispánico algún estudio sistemático sobre la piedad de estos sectores sociales –como realizado por M. Bull para el Limousin y la Gascuña– para comprender mejor éxito de la nueva propuesta. La cultura intelectual no parece que fuera una prioridad en la vida interna de las órdenes, aunque algunas figuras reseñables del panorama cultural del siglo XV estuvieron vinculadas a ellas, y el autor ofrece una presentación de las mismas.

Por lo que respecta a la organización interna, el autor estudia una doble jerarquización, una de tipo sociológico y otra de carácter gubernamental. En cuanto a la primera, la principal distinción entre sus miembros venía establecida por la profesión o no del hermano con la vida religiosa: entre los profesos había igualmente diferencias de función entre freires caballeros, hermanos dedicados a oficios no militares y clérigos encargados de los servicios religiosos. Los no profesos eran de condición social inferior, seguramente no caballeros –campesinos, pecheros–, que servían como escuderos o sargentos, o simplemente sirvientes. Las mujeres, acep-

tadas en algunas órdenes, realizaban funciones contemplativas y, a veces, asistenciales en los conventos femeninos. Por último, los familiares –personas o familias que entregan, mediante un pacto de familiaridad, sus bienes a una orden a cambio de protección espiritual y material– completan el cuadro sociológico.

El reparto de poder en el seno de cada orden se articulaba a través de otra jerarquía institucional en la que las distintas dignidades laicas –comendadores mayores, claveros...– y eclesiásticas –priors mayores, priores, sacristanes...– presididos por los maestros en virtud de un pacto, ejecutaban las competencias que les eran encomendadas por las reglas y otras normativas. El inicial equilibrio de poderes fue evolucionando con el paso del tiempo, subrayándose en este estudio la clara tendencia hacia el reforzamiento de la figura del maestro, que no pudo ser compensado por la representación corporativa de la orden –el capítulo general–, cuyo peso no hizo sino disminuir al ritmo del crecimiento del intervencionismo regio y del personalismo de los maestros. Por otra parte, el crecimiento de las órdenes y la necesidad de gobernar los señoríos y rentas que fueron recibiendo o adquiriendo las obligaron a dotarse de una administración territorial basada en unas células básicas de gestión del patrimonio y cobro de rentas, las encomiendas que, regidas por los comendadores, también experimentaron importantes transformaciones con el paso del tiempo.

Una mención específica se dedica al estudio de las plataformas patrimoniales y económicas que confirieron a estas instituciones una indudable dimensión señorial. El estudio de esta vertiente de la historia de las órdenes, que muchas veces ha sido privilegiado –quizás en detrimento de otras– por la historiografía especializada de las últimas décadas, resulta inexcusable para su conocimiento, de ahí que Rodríguez-Picavea ofrezca un panorama de la formación y la geografía del patrimonio de las distintas órdenes, y analice los rasgos de la explotación señorial y la generación de rentas. Para esto último, se presentan las grandes parcelas de la actividad económica desarrolladas por las órdenes, lo que abarca el estudio de las actividades agrícolas, ganaderas, comerciales y financieras, así como el de sus rentas jurisdiccionales y eclesiásticas, para finalizar con una valoración global de sus recursos y un balance entre ingresos y gastos.

La cuarta parte se dedica básicamente al estudio de las relaciones de poder entre las órdenes y otras instituciones: respecto a las establecidas con las monarquías, a las que se dedica un capítulo, se hace un recorrido de su evolución, haciéndose notar las distintas fases por que las pasaron desde la primera época, en que las órdenes fueron brazos armados al servicio de la realeza, hasta que, en un proceso de progresiva dependencia, los maestrazgos fueron incorporados a la Corona. El análisis de las relaciones de poder con otras instancias se complementa con el estudio

de las establecidas con el papado, la nobleza y las ciudades. Sin duda las primeras tienen una importancia particular, puesto que en último extremo el papado era la suprema autoridad eclesiástica de las mismas y la fuente de su legitimación, así que aspectos tales como la protección otorgada por los Papas, el intervencionismo papal y sus limitaciones tienen un interés de primera fila para el conocimiento de estas instituciones. Las relaciones entre las órdenes y la nobleza también fueron intensas, como demuestra el apoyo humano, social y económico mostrado por ésta a las nuevas instituciones, con cuyo modo de vida y forma de piedad se identificaban, la aristocratización de las mismas y su aspiración a controlar sus dignidades. Por el contrario, las establecidas con los concejos suelen estar marcadas por las fricciones y la conflictividad en torno al control de territorios y jurisdicciones.

Esta cuarta parte dedica un último capítulo a la imagen de las órdenes, que estuvo polarizada entre un apoyo incondicional y la crítica por su aberrante naturaleza, su avaricia o su incapacidad. Sin duda, durante mucho tiempo prevaleció la imagen positiva, sustentada en las opiniones de papas, eclesiásticos y por supuesto por las propias órdenes, pero desde finales del siglo XIII las actitudes críticas se multiplicaron. Como todo poder, estas instituciones procuraron forjar su propia imagen a través de la propaganda, focalizada en la figura de los maestros y articulada a través de representaciones iconográficas, ceremonias de tomas de posesión, piezas arquitectónicas –castillos y palacios– que se concebían como verdaderos símbolos de poder, y monumentos sepulcrales erigidos para la perduración de la fama.

Por último, un sintético pero interesante epílogo ofrece un amplio panorama de la evolución que siguieron las órdenes a partir de su incorporación a las distintas Coronas peninsulares, poniendo una particular atención a los procesos de liquidación de sus funciones originarias –las militares y las religiosas– a lo largo de los siglos XVI y XVII, y en su transformación en instituciones garantes de la honra y la limpieza de sangre, o en objeto de recompensas regias, una tendencia de la que sólo escapó la orden del Hospital, reconvertida en la orden de Malta, la única que conservó su dedicación militar al menos hasta el siglo XVIII.

La obra se completa, en fin, con anexo en el que se relacionan los maestros de todas las órdenes, con un apoyo fotográfico muy útil para la percepción de la imagen de las órdenes, y con un conjunto de mapas que tienen un especial valor para comprender la extensión de las instituciones armadas en la Península.

Estamos, en definitiva, ante una valiosa aportación, tanto por su rigor y documentación, como por la completa visión que ofrece de un fenómeno histórico, el de las órdenes militares, que por sus múltiples vertientes –religiosa, militar, polí-

tica, social, económica y cultural–, nos coloca ante un retrato fidedigno de la realidad medieval. Y conviene subrayar, a modo de colofón, que este libro tiene el mérito de representar la primera síntesis que la historiografía especializada dedica a todas la órdenes militares que tuvieron implantación en la Península, tanto las “internacionales” como las “autóctonas”, por lo que su punto de vista resulta particularmente integrador y global.